



PERIPECIAS



PERIPECIAS

Juguete cómico en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

Ricardo de Luque y Fernández

ESTRENADO EN EL "LICEO JEREZANO"

el 1.° de Diciembre de 1901.





JEREZ DE LA FRONTERA

Tipografía de la «Litografía Jerezana» á cargo de Ignacio Velazco Aguilar
Vicario 14, 16 y 18
1901

PERSONAJES

HERMINIA REGINA . .	Srta. D.ª Mercedes Piosa.
REGINA LAFUENTE . .	» » María Avecilla.
APOLONIA.	» » Enriqueta Marín.
DON LUCRECIO. . . .	Sr. D. Julio Piosa.
DESIDERIO.	» » José Piosa.
MAMERTO	» » Juan Piosa.
TEOFANES.	» » Francisco Durussell

Izquierda y derecha las del actor.

La acción en Madrid. Epoca actual.

Al Sr. D. Rafael de Luque y Correa

y D.ª Emilia Fernández Gómez

Á vosotros, queridos padres, por ser el primer trabajo literario que llevo á cabo, y como comprendo que las faltas serán numerosas, dado mis escasos conocimientos en tan difícil carrera, nadie mejor que ustedes podrán dispensarme y amparar bajo su cariño la insignificante obra que hoy os dedica vuestro querido hijo

El Autor,



ACTO UNICO

Sala ricamente amueblada; puerta al foro que dará á un pasillo; un balcón á la derecha y dos puertas á la izquierda; un velador, un espejo, una mecedora y varias sillas adornarán la escena; el espejo estará colocado de forma que al mirarse no dé la espalda al público.

ESCENA PRIMERA

HERMINIA acabando de leer una carta con muestras de desdén.

«Su fiel y rendido amante que no le olvida.—*Desiderio Peñaflor.*» Vaya unas libertades que se toma este caballerito. Si no fuera por la flor le tiraba una peña. ¡Cómo ha de ser! ¡Ya tenemos un novio á pedir de boca! ¡Papá! ¡Papá! (*Llamando segunda izquierda.*)

ESCENA II

HERMINIA y D. LUCRECIO, segunda izquierda.

D. Luc. Calla Herminia ¿á qué vienen esos alaridos, que perturban toda la casa? Metes más ruido que un regimiento de caballería en marcha.
Herm. No es el caso para menos, papá.
D. Luc. ¿Y cuál es el caso hija?
Herm. Que he recibido una carta.
D. Luc. Por supuesto, será de amores.

HERM. Verdad que sí, pero ¿á que no adivina usted de quién es?

D. LUC. ¿A que es de D. Desiderio?

HERM. Sí que lo es. ¿Y cómo lo has acertado?

D. LUC. Porque ayer me envió una carta anunciándomelo: toma, léela. (*Le dá una carta*).

HERM. (*Leyendo el sobre*) «D. Lucrecio Regina». (*Saca la carta del sobre y la repasa un momento*). En efecto le pide á usted mi mano, y á mí la mano y el corazón; pues ni una cosa ni otra, porque á mí no me gusta ni chispa ese hombre.

D. LUC. ¿Conque no te gusta?

HERM. ¿Cómo me ha de gustar un novio tan serio y tan raro?

D. LUC. ¡Pues contigo bien jovial anda!

HERM. Sí, pero sin embargo, es tan raro que creo no lo he de poder sobrellevar.

D. LUC. Qué quieres, hija, pero también es muy rico y á tu lado no te faltará nada.

HERM. Bueno; pero sin elegancia ni gusto.

D. LUC. ¿Sin gusto? Pues para escojer novia no lo ha tenido muy malo.

HERM. (*Mirándose al espejo y sonriéndose*). Lo que es eso, vamos, puede perdonársele; pero ¿y el haber querido á tres mujeres antes que á mí? Le parece á usted muy bueno, porque á mí maldita la gracia que me hace estar para suplefaltas de nadie.

D. LUC. Es que tú, por mi cuenta, ya has querido á cuatro.

HERM. Será verdad; pero se me figura que no he querido á ninguno.

D. LUC. ¿Y tú por donde has sabido los galanteos de D. Desiderio?

HERM. Toma, por él mismo, yo le estreché y él confesó.

D. LUC. Sinceridad que le honra.

HERM. Sí, pues si tiene unas extravagancias el santo varon..... oiga usted las necedades que ensarta aquí. (*Lee.*) «Sí; hermosa Herminia, usted es el »único bien de mi vida.»

D. LUC. ¿Y es necedad eso?

HERM. ¡Válgame Dios! No lo digo por esas expresiones, sino por las que siguen: (*Continúa leyendo*) «Yo no me atrevo á ir á su casa y presentarme »ante usted para saber mi sentencia de palabra, »y sin embargo, desearía salir al momento de »tan penosa incertidumbre, aunque fuere dando »ese paso. Sí. Herminia mía, á eso de las ocho »puede usted salir al balcón, yo á esa hora

»estaré en la calle silbando y si veo alguna señal, »subiré á postrarme á sus pies; pero si el balcón »estuviere cerrado, ó desierto á esa hora, enton»ces corro hacia la casa de postas, tomo un »carruaje y me alejo de Madrid para siempre.» ¡Ocurrencia más ridícula no pasa por nadie! (*Oyese un silbido y corre Herminia á cerrar el balcón.*)

D. Luc. No te asustes tonta, aun no han dado las ocho y por consiguiente, D. Desiderio no estará todavía en la calle; así es que no te precipites á cerrar el balcón.

Herm. Papá, es que el reloj de los amantes anda siempre adelantado.

D. Luc. Bien está. ¡Pero hija mía, en definitiva! ¿No quieres casarte con tu nuevo pretendiente?

Herm. No papá, no me caso; D. Desiderio será un buen sujeto pero no es lo que yo deseo para marido. La que se case con él, tal vez será feliz y dichosa, pero me temo que yo no lo sea, porque eso de amor y matrimonio según tengo visto en todas las novelas de célebres autores, cae bajo el dominio tiránico y exclusivo de la fatalidad. Ya usted ve lo que está sucediendo con la pobre de Apolonia, la que tenemos en casa; era la muchacha más obediente á sus padres que yo he conocido, y desde que se enamoró de D. Heriberto, ni consejos, ni lágrimas, ni amenazas, han podido quitarle el capricho de la cabeza. ¿Qué es lo que ha trocado á esa muchacha de dócil en terca? Yo no soy capaz de hacer daño á nadie; sé que voy á dar á D. Desiderio una pesadumbre que le puede costar la vida, si no le correspondo al cariño que me demuestra en su carta, pero ¿en qué consiste que me encuentro con ánimo suficiente y sin sentir el menor escrúpulo de conciencia estoy dispuesta á decirle que nó, mil veces que llegare el caso? Crea usted, ni el dinero, ni las modas que tanto agradan á las jóvenes, ni aun la misma seducción del brillo del oro en donde, á veces, por el vicio cae la mujer desplomada, sin amparo de nadie, y despreciada de aquellos mismos que en otro tiempo le demostraban íntima amistad, pueden ser comparados con el reciente invento de la fatalidad.

D. Luc. Basta hija, basta; porque entre el número de las fatalidades, debe contarse la de que no me hagan mella tus argumentos; porque aunque yo esté dispuesto á casarte con ese hombre, me arre-

piento de lo dicho, y ahora solo deseo que te cases con quien sea de tu gusto.

HERM. Mira papá, para que veas como en parte, quiero respetar tu fija idea, te prometo casarme con el primer novio que me salga, siempre que éste sea bueno y honrado, aunque sea pobre, y muy pobre, pues no creas que se me olvida tan fácil el último consejo, que con lágrimas en los ojos, oprimiendo mi cabeza junto á su pecho y besando mi frente, me dió cuando espiraba mi querida y pobre madre. Sí, papá; aquel consejo fué grabado en mi pecho con el sentimiento propio que puede tener una hija que ve á su madre morir, y aun en aquellos críticos momentos, encaminarla con sus apagadas palabras por el espacioso y claro camino de la virtud.

D. LUC. Así quiero que seas, hija mía, obediente siempre á tus padres; y al ver yo que fielmente cumples ese sagrado consejo, quedaré sumamente satisfecho, porque comprendo que á mi muerte respetarás también los míos.

HERM. Sí, pero por Dios papá, no hables de morirte, porque eso perturbaría toda mi imaginación.

D. LUC. ¿Y acabarás de decirme el consejo de tu pobre madre?

HERM. ¡Por qué no! Bien sabes tú que en su larga enfermedad, no quería que yo me apartase de su lado, y cuando más grave estaba, empezó por llamarme con voz apagada: acudí en su auxilio y con lágrimas en los ojos, temblorosa y con el frío propio de la muerte besó mi frente y dijo: «Herminia, hija mía, yo muero; sé que tienes novio que no es de mi agrado, tú ya lo sabes; pero como es rico, le quieres y tu padre os ampara, y con esto veo que no mirais más que el dinero. ¡Los hombres! no te fíes de ninguno. ¡El oro! jamás te alucine el brillo de ese maldito metal, porque unidos los dos, serían capaz de seducirte al vicio, al peor de los males. ¡Cuántas familias se encuentran deshonradas, y cuántos hogares perturbados, por haber tenido la maldita debilidad de dejarse engañar por hombres que poseedores del codiciado dinero, y confiados en su riqueza, no piensan más que en disfrutar comprando á fuerza de vil metal, la honradez, el más precioso don que todos poseemos! Hija mía, la mujer es una flor, cuyo aroma es la virtud. ¡Ah! desgraciada de la que se deja deshojar antes de su madurez, pues entonces es despreciada, aun de aquellos mismos que en otros

tiempos aspiraron su aroma.» Y diciéndome estas últimas palabras, entregó su alma á Dios. Yo después, bien sabe usted que dejé al novio que tenía y cuando me pretende alguno y me entero es rico, como pasa con D. Desiderio, entrego mi alma al diablo y recuerdo perfectamente el inolvidable consejo de mi pobre madre.

D. LUC. Herminia, hija mía, no tengo nada que decirte porque comprendo tienes suficiente capacidad y criterio para conocer el mérito que encierra ese consejo, guárdale, cúmplelo, y el día de mañana te alegrarás. Adiós y haz lo que te marque tu santa voluntad, la cual te prometo respetar siempre. (*Váse segunda izquierda.*)

ESCENA III

HERMINIA

Pues señor, mi papá se marchó contento, y me ha autorizado para que desde hoy haga lo que quiera, esto es lo único que yo deseaba, tener amplia libertad para todo; ahora si quisiera casarme, podría hacerlo sin consultar á nadie; pero me parece que para esto tiene también que estar conforme mi novio y... como no lo tengo... Pero ¿y hablándole á D. Desiderio, no podría casarme? Miren ustedes lo que es la libertad; ahora que mi papá no se opone á mis relaciones, casi me va gustando D. Desiderio. Si éste fuera honrado y bueno, creo se me importaría poco casarme con él; pero ¿y todo lo que á mi padre le he dicho, y á más de eso, las palabras que le he dado? Nada, no debo ceder, y por lo tanto, cumpliré fielmente mi promesa de jamás casarme con ese hombre. Lo que haré será consultar con mis amigas y compañeras mis asuntos juveniles, llamaré muy bajo para que papá no se entere de nuestras consultas. ¡Ay! Ahora sí que se me hace antipático el tal don Desiderio, el hombre metalizado como muchos le llaman.

ESCENA IV.

HERMINIA y APOLONIA

HERM. (*Llamando á la primera izquierda en voz baja*) Apolonia. ¿Puedes oirme?

APOL. (*Que sale enjugándose los ojos.*) Aquí estoy Herminia. ¿Qué ocurre?

HERM. Parece que has llorado.

APOL. ¡Soy tan desgraciada!

HERM. ¿Pues no vas á casarte con el hombre á quien amas? ¿Tú misma no me has dicho que ese hombre te adora? Si vas á realizar tus felices deseos, ¿á qué llorar?

APOL. ¡Adorar! Catorce quimeras hemos tenido ya en quince días. Te aseguro que el tal D. Heriberto va sacando un geniecito... Y luego cuando una reflexiona sobre el porvenir... Enemistada con mis padres, amenazada de la miseria, y en fin, Herminia, qué sé yo.

HERM. ¡Ay Apolonia! ¿Y te casas para eso?

APOL. ¿Y qué he de hacer? Mi reputación lo exije. Además todo lo que sufra lo tengo merecido. ¡Si yo no hubiese desechado un partido excelente! Pero díme, ¿para qué me llamas?

HERM. Era para decirte que tengo un novio.

APOL. Para bien sea, hija.

HERM. No hay motivo de parabienes; que aunque le tengo, no le quiero tener.

APOL. ¿Vas á despreciarlo?

HERM. Hoy mismo pienso hacerlo.

APOL. ¿Tiene mala conducta?

HERM. No la tiene.

APOL. ¿Es viejo? ¿Es achacoso?

HERM. Tampoco lo es, hija.

APOL. ¿Y pobre, es si tú sabes?

HERM. Eso sí que nó, porque es rico y muy rico.

APOL. Entonces será feo ó tonto.

HERM. Mira, sobre eso no te diré nada. Puede que tú le conozcas, se llama D. Desiderio Peñaflor.

APOL. ¡Ah! ¿D. Desiderio? ¿Y desprecias tú á ese hombre tan bueno, rico y honrado?

HERM. Qué ¿te casarías tú con él?

APOL. ¡Ojalá me hubiese casado!

HERM. ¿Te ha pretendido?

APOL. Sí me pretendió; le desdeñé, pensé que jamás me acordaría de él, y por desgracia veo lo contrario; desde que miro cercano mi enlace no se me aparta de la memoria el tal D. Desiderio. Yo no sé en qué estaba pensando cuando le dí pasaporte. ¡Desgraciada la mujer que no mira y piensa esas cosas detenidamente! Pero cómo ha de ser, yo creo que soy tan desgraciada, porque la fatalidad me persigue.

HERM. ¡Fatalidad! Siempre con tus cosas; pues sabes que á mí me parece el tal novio tosco, raro y

feo, y lo suficiente para prepararle un nó como una casa.

APOL. Lo mismo pasó por mi imaginación y por eso no le quise; pero tonta de mí, que por no haberme casado con él labro mi infelicidad.

ESCENA V

HERMINIA, APOLONIA y TEOFANES por el foro.

TEOF. Señorita, la portera me comunica que abajo hay una señora que desea saber si usted le permite que pase, pues creo que es muy conocida de usted según dice y trae asunto urgente.

HERM. ¡Qué visita tan inoportuna! bien, díle á la portera desde ahí que le deje pasar, y tú te marchas.

TEOF. Sí, para que estén ustedes con más libertad. (*Váse*)

HERM. Saldremos á recibir la visita (*Váse hacia el foro y aparece Regina vestida de negro y algo demacrada.*)

ESCENA VI

HERMINIA, APOLONIA y REGINA

HERM. Regina, ¿tú por aquí?

REG. Qué quieres Herminia. (*Ambas se besan, como igualmente Regina y Apolonia. Se sientan.*)

HERM. ¿Y cómo te va, Regina? ¿Cómo te sientes de tus achaques y dolencias? Mas aliviada ¿eh? Se te conoce. (*Aparte.*) Debe estar ya en el tercer grado de la tísis.

REG. Qué sé yo como estoy. Dos años de matrimonio he pasado que han sido dos años de infierno; ya se llevó Dios aquel maldito carcamal que se llevó mis bienes y mi salud; pensaba respirar en mi nuevo estado; pero amigas mías, con achaques y acreedores de nada sirve ser viuda; con razón me decían todas mis amigas, no te cases con Mamerto; pero en fin, la fatalidad me persiguió.

HERM. ¿Y tú sabes cierto que murió tu esposo?

REG. Sí, porque á más de notificármelo su íntimo

amigo D. Serviliano de la Peira, yo para más certeza, pedí notificación oficial al juzgado de Benaocalita, en donde hace tiempo residía, y contestáronme diciendo que hacía unos diez días habían dado cristiana sepultura al cadáver de D. Mamerto Mereira; así es, hija mía, que aquí me tienen ustedes consumida de tantos sufrimientos.

APOL. Pues te aconsejo que no te preocupes con nada y así podrás ponerte buena.

HERM. ¡Y podrás casarte de nuevo!

REG. ¡Casarme! Eso se queda para vosotras, lo que es yo, viuda moriré.

HERM. ¿Siendo tan joven?

REG. Veinte y cuatro años tengo, pero ¿y si no cumplo los veinte y cinco?

APOL. No seas aprensiva hija.

HERM. Lo que debes hacer es procurar distraerte; no te faltarán amigas ni amigos.

REG. ¿Amigos? ¡Sí, buenos desengaños va una recibiendo! Conocí yo á un sujeto á quien tenía por bondadoso y amable, como efectivamente lo es, y por no haberme querido casar con él, acaba de darme un chasco.

APOL. ¿Cuál? A ver, explícate.

REG. Es un joven que se trataba mucho con mi tutor, que se mostraba muy fino y..... vamos, parecía que.....

APOL. ¿Fué amante tuyo?

REG. Lo fué; hice el disparate de despreciarlo y ¡bien me he arrepentido! Alguna maldición me debió de echar, porque desde entonces han llovido calamidades sobre mí. No olvidaré las palabras que me dijo: «Usted no me quiere por esposo, pero se halla en poder de un tutor astuto, que tiene puesta la mira en usted, y lo que vá á conseguir es ir espantando á todos esos mocitos elegantes que le rodean y en cuya comparación pierdo yo. Aprovechará alguna circunstancia y usted será de ese hombre libertino, malgastador y viejo.» Palabras de profeta, punto por punto lo que después me ha acontecido.

HERM. ¿Y cuál ha sido el chasco?

REG. Luego que enviudé, le fuí á ver casualmente á una casa donde concurría; nos hablamos, le indiqué mi situación apurada, me ofreció verse con mis acreedores y conmigo, y desde entonces, échale un guante.

HERM. ¿No cumplió su palabra?

REG. Sus palabras fueron dos: ha hablado con mis

acreedores, ha obtenido de ellos una espera de dos años, y aún creo que les haya dado algún dinero.

APOL. Hasta ahora el petardo no es muy duro de sentir.

REG. Sí lo es, ¡vaya! vosotras no quereis entenderme; ha visto á esa gente, pero ni aun siquiera se ha fijado en mí.

HERM. ¡Ah! Ya.....

APOL. Regina, ya sabes el refrán. «Cuando quise no quisistes y ahora que quieres no quiero.»

HERM. Una cosa muy parecida he oído yo contar hace poco. (*Señalando hácia Apolonia.*)

REG. Con todo; yo tengo sospechas de que eso ha de ser un artificio para ver si yo doy mi brazo á torcer; á la casa en que le ví, ya no va; he sabido que concurre á ésta y quisiera que le echárais alguna indirectilla sobre el particular.

HERM. Todavía no nos ha dicho cual es su nombre.

REG. ¿No lo he dicho? Estaba en que sí; pues bien, se llama D. Desiderio Peñaflor.

HERM. (*Con asombro.*) ¡Ah! ¡D. Desiderio!

APOL. ¿D. Desiderio?

REG. Sí, amigas mías, ese hombre es.

APOL. Ese condenado tiene la fatalidad de hacer desgraciada é infeliz á toda la que no lo quiere.

HERM. ¡Fatalidad diabólica! (*Dirigiéndose á Regina.*) Aquí viene mi padre y podrá encargarse de tu misión.

ESCENA VII

HERMINIA, APOLONIA, REGINA y D. LUCRECIO

D. LUC. (*Que saldrá con una carta en la mano por la puerta segunda izquierda, dirigiéndose á Herminia después de saludar á Regina.*) Toma esta carta, es de tu prima Higinia, ha venido unida á otra que acabo yo de recibir.

HERM. ¡Carta de Higinia! ¡Cuánto me alegro!

REG. Mientras lees, voy á decir á tu papá dos palabras.

D. LUC. Bien; pues tenga usted la bondad de pasar á mi cuarto y de camino verá Apolonia los vestidos que la modista acaba de traer.

APOL. ¿Ha venido la modista? Pues vamos allá. (*Vánse segunda izquierda, D. Lucrecio, Regina y Apolonia: esta última algo alegre.*)

ESCENA VIII

HERMINIA, que se habrá quedado leyendo la carta.

¿Qué es esto? ¿Qué dice? Á ver, repasemos lo que me dice mi prima Higinia en esta carta. (*Se sienta y lee.*) «Aquí en Fraga tenemos un »puente de madera que á pesar de que lo cons»truyen haciendo uso de la célebre masa, cada »año se lo lleva el río. Días pasados se ha hundi»do, al tiempo de pasar un carruaje procedente »de Madrid; el carruaje ha caído; las personas »que iban dentro, han recibido fuertes porrazos, »y una de ellas ha muerto, la cual era una íntima »amiga mía. Admírate, primita, de la desgracia »de esta pobre criatura; tuvo un novio estable»cido en la corte, y éste no le gustó; casó al fin »con un catalán, y al venir á esta tierra ha en»contrado en ella su sepultura. Si se hubiera ca»sado con el de Madrid, quizás no hubiera tenido »necesidad de pasar el puente de Fraga. Yo cono»cía al tal novio de Madrid, era un buen señor »llamado D. Desiderio Peñaflor, de quien no sé »si tendrás algunas noticias.» (*Suspirando.*) ¡Ay! Demasiadas noticias y pormenores tengo de ese señor, pues con esta carta acabas de herir de gravedad la pasión amorosa de tu prima Herminia. Sí, prima mía, tú has sido la mano que ordena, tu carta la que lo ejecuta, y la masa de Fraga unida á D. Desiderio el instrumento que hiere. (*Pausa. Dan las ocho en un reloj lejano.*) Dios mío, las ocho y ese hombre ya estará esperando; hay que decidirse: ¿Se dará apuro mayor? A tres mujeres ha querido, las tres lo han despreciado, y las tres han sido ó son infelices; si yo hago lo mismo, voy á correr igual suerte. Apolonia, mal casada (porque ya como si lo estuviera); Regina, mal casada también y amenazada de muerte. A la otra, que no conozco, le ha caido encima nada menos que la masa de Fraga, por lo cual ha muerto. Pues señor, ¡estamos bien! ¡Qué maldita fatalidad! O ser mal casada, tísica, difunta, ó casarse con D. Desiderio; no sé qué es peor, porque para casarse con él hay que renunciar á la felicidad y á la vida. No, caramba; yo quiero vivir, y vivir

feliz. (*Mirándose al espejo.*) Verdad que sí; ¡eso es! ¡Y un pimpollito como yo se ha de casar por fuerza con aquel zángano! Pues bien, ya que la fatalidad lo ordena, me casaré con él, por no morirme ó ser desgraciada. Pero le prometo aborrecerlo con todos mis cinco sentidos. El caso es que si le aborrezco tendré que vivir infeliz; y de todos modos él es quien triunfa y yo la que peno. Está visto; no hay más remedio que casarse con él y quererle; es preciso quererle. (*Dirigiéndose al público.*) Aunque sea por miedo. (*Mirando el reloj.*) Las ocho, hora fatal, esa es la que fija mi suerte ó mi desgracia. Ea: valor. La Virgen Santísima me favorezca. (*Asómase al balcón y hace señas. Pausa.*) Siento pisadas en la escalera. (*Suena una campanilla*) Suena la campanilla; él es. Tratemos de aparentar serenidad y alegría. (*Se mira al espejo.*) ¡Uy! Pues si estoy muy pálida, ¿será de miedo? (Aquí está.)

ESCENA IX

HERMINIA y DESIDERIO, foro.

DESID. (*Saliendo.*) Amable Herminia, ¿puedo fiar en la bondad de usted?

HERM. (*Perturbada y sin mirarle.*) Sí, señor, fíese usted, siéntese usted, ¿cómo está usted?

DESID. En el cielo, viendo esos ojos; pero la turbación que observo (continuemos) aun mayor que la mía, me llena de sospechas y de miedo propio y casi el mismo que sienten los amantes cuando fijan su cariño con dudas de ser correspondido.

HERM. ¡Sí, miedo! (*Aparte.*) ¿Quién tendrá más?

DESID. (*Cojiéndole una mano.*) Le tiembla á usted la mano, Herminia. ¿Y dándole pruebas de amor como éstas? (*Le besa la mano.*) Ni por esas, Herminia, veo anunciarse el cariño en su rostro, y sí por el contrario, noto su temblor y turbación ante mi presencia; así es, que veo es preciso separarnos para siempre y con esto quedará tranquila y contenta. Adiós, Herminia. (*Suelta la mano bruscamente y al alejarse se vuelve aterrada Herminia, consiguiendo ponerse delante de Desiderio.*)

HERM. ¡Ay! No, no por Dios, no se separe usted nunca de mí.

DESID. (*Cojiéndole la mano con mucho cariño.*) Vida

mía ¿separarme yo de tí? Nunca; y hoy menos, que es cuando pienso labrar mi felicidad uniéndonos en tierno lazo para no separarnos jamás. (*Trata de besarle nuevamente la mano, impidiéndolo la salida de D. Lucrecio, Regina y Apolonia.*)

ESCENA X.

HERMINIA, DESIDERIO, D. LUCRECIO, REGINA y APOLONIA.

D. Luc. (*Riñendo.*) ¡Eh! ¿Qué es esto?
Reg. (*Sorprendida.*) ¡Ah!
Apol. (*Con envidia*) ¡Oh!
Desid. Nada, que soy feliz, D. Lucrecio.
Apol. Ya, ya lo estamos viendo.
Desid. Herminia me quiere y yo le quiero y le adoro. ¿no es verdad?
Herm. Sí señor, sí, que le quiero.
Desid. Herminia vá á casarse al punto conmigo. ¿No es verdad?
Herm. Digo, claro que sí.
Reg. Pero observo que Herminia llora y tiembla como una azogada cual si cediere á la violencia, porque no lo quisiera á usted.
Herm. (*Vivamente*) ¿No querer yo al señor? Le quiero cual si fuera mi felicidad, mi vida; y en fin, más que á mi propia existencia. Llorar, no lloro.
D. Luc. Está bien, hija mía; estoy contentísimo, porque has elegido un marido á mi gusto; sé feliz con él y con mi bendición.
Apol. (*Como odiando la escena que pasa.*) Amen.
Reg. (*Muy romántica.*) El señor D. Desiderio, hará un excelente casado.
Desid. Si Apolonia ó Regina quisiera asistir con nosotros á la iglesia?
Reg. Tengo que salir á tomar aires á Málaga.
Teof. (*Entrando foro.*) Buen viaje.

ESCENA XI.

HERMINIA, DESIDERIO, D. LUCRECIO, APOLONIA, REGINA y TEOFANES.

Apol. Yo tengo también que pasar á Málaga.
Teof. Buen pasaje.
D. Luc. (*A Regina y Apolonia.*) Pero quedaremos siendo tan amigos.

REG. Claro que sí.

APOL. ¿Y por qué no?

TEOF. Señorita, yo les prometo ser compadre, padrino y cuanto haya que ser por tal de ver á ustedes felices.

DESID. (*Estrechándole la mano.*) Teofanes, te prometo que lo serás.

HERM. Igualmente digo.

TEOF. (*Dirigiéndose á todos.*) Pues entonces empiezo por invitar á Ud. á la boda y les prometo hacer cuanto pueda y esté de mi parte para que ese día reine entre todos alegría y felicidad.

D. LUC. Pasen Uds., (*Indicando la 2.ª izquierda*) y les obsequiaré con un dulce como principio de fiesta.

HERM. Respetemos á papá, amigas mías. (*Siguen á don Lucrecio, Herminia, Regina y Apolonia. Vánse 2.ª izquierda.*)

ESCENA XII

DESIDERIO y TEOFANES.

TEOF. (*A Desiderio que piensa seguirlas*) D. Desiderio, no se marche usted que tengo que hablarle.

DESID. (*Volviéndose.*) ¿Qué quieres Teofanes?

TEOF. D. Desiderio; ahora que estamos solos, voy á demostrarle cuán grande es mi aprecio hácia usted. Acaban de darme esta carta y creyendo sea para su prometida, quiero antes de nada que usted la lea.

DESID. Gracias amigo Teofanes; con esto me das prueba de tu lealtad y te prometo no separarte de mi lado. A ver qué dice la carta. (*Leyendo*) «Para entregar á la Srta. Regina L.» ¡Cálle, no dice el nombre! El zopenco autor del escrito ignora que la señorita se llama Herminia.

TEOF. No debe de saberlo cuando no ha puesto con todas sus letras «Para entregar á la Srta. Herminia Regina López.»

DESID. Pero no importa; se comprende á quién la dirije; leamos su contenido. (*Saca la carta y lee.*) «Querida Regina.» ¡Cáspita y con qué cariño la trata! «Ayer vine de mi largo viaje, te he estado »buscando por todas partes, y por fin hoy me »han dicho á fuerza de bastantes trabajos dónde »te podría encontrar. Tú estarás tan contenta y »hoy esta noticia te servirá de disgusto, porque »como siempre estabas deseando que yo me «muriera, y sé muy cierto que llegó á tus oídos

»una mala y falsa noticia anunciándote mi muer»te, tal vez por eso te creerías dichosa. Pues na»da, te engañas; á la una de la tarde pasaré por »esa para verte, espérame con los brazos abier»tos, pues vengo del otro mundo reformado por »completo, ya no soy malgastador ni vicioso co»mo antes y vengo convencido de que siendo »muy bueno con mi Regina seré feliz; á más de »esto traigo una cuantiosa fortuna ganada, para »que al unirme á tí nuevamente seas feliz y di»chosa al lado de tu Mamerto.» Por lo que se vé ese demonio de hombre, ha estado ya unido á mi futura esposa. ¿Y será esto verdad? ¿Cómo podría yo encontrar á ese hombre? Nada, es imposible dejar esto así. A una mujer que dentro de breves momentos se unirá á mí para siempre, le escribe una carta un tal Mamerto, que no está muerto y que según dá á entender, en otros tiempos estuvieron unidos, y tal vez ella piense casarse conmigo en la confianza de que ese pobre hombre murió. No hay remedio, es preciso buscarle, y si es cierto lo que aquí hay escrito, será preciso entonces pagar su vida á fuerza de dinero, y quedarme yo solo victorioso en mi empresa para que nadie perturbe mi feliz idea.

TEOF. D. Desiderio ¿A que no adivina Ud. una idea que se me ha surgido, la cual poniéndola en práctica ha de dar un resultado magnífico.

DESID. Dí cual es y te prometo premiar todos tus servicios. *(Aparte.)* ¡Señor, qué más peripecias le pueden pasar á un novio!

TEOF. Pues mire. El tal Mamerto, autor de la carta, dice que á la una de la tarde subirá á esta casa para hablar con la señorita, y nosotros para cogerle en el garlito, le preparamos la siguiente emboscada.

DESID. *(Muy impaciente.)* Habla claro y pronto, porque según estoy viendo, la hora está muy próxima.

TEOF. Cojamos este papel (*sacando uno*) y escribamos imitando la letra de mujer (*Se sienta y empieza á escribir; Desiderio le escuchará con bastante y marcada impaciencia.*) «Mamerto, en contesta»ción á tu esquela, te diré lo siguiente: cuando »subas, busca la habitación más oscura que será »la segunda á la derecha en el pasillo del come»dor; entra en ella sin miedo ninguno, que den»tro está impaciente esperando á su Mamerto, »Regina L.» Ahora corro, dejo esta esquela en la portería, y cuando vaya á subir ese señor se

encamina directamente al sitio indicado, ó sea á esta habitación, la cual dejaremos completamente oscura. Cuando entre, le cojemos diciéndole que le vamos á matar y contándole muchos infundios, cantará todas las verdades y mentiras que tenga dentro de su corazón; conque, ¿le parece bien?

DESID. Apropósito, magnífica idea, marcha pronto antes que llegue la hora citada. (*Váse Teofanes por el foro con la carta en la mano.*)

ESCENA XIII

DESIDERIO.

DESID. No me parece mal la idea de este muchacho. ¡Es algo ingenioso el diablo del sirviente que tiene Herminia! Conque dejamos la habitación obscura completamente, y cuando él entre, en la confianza de encontrarse con una mujer que ama, y en su lugar encontrarnos á los dos, para él desconocidos, con carácter brusco y feroz, diciéndole que somos anarquistas é infundiéndole miedo y espanto por todos cuatro costados, le vamos á dejar como un pajarito en día de lluvia. ¡Qué susto le vamos á dar! Por supuesto, que según creo, después de todo vamos á pasar un buen rato con el tal sugeto. ¡Y qué divertidos que vamos á estar! Repasemos su carta (*Repasa la carta.*) ¡Pobre Mamerto! ¡Infeliz! Si supieras la trama que te tenemos preparada, creo que entonces no pasarías hoy ni aun por esta calle, ó de lo contrario, te morirías de veras para no resucitar jamás. (Porque según se explica en su carta lo tenían por muerto y hoy resucita.) ¡Siento pasos!

ESCENA XIV

DESIDERIO y TEOFANES.

TEOF. (*Entrando.*) Todo quedó arreglado, la esquela en manos de la portera y dispuesta casi á ayudarnos en nuestra graciosa empresa. Ahora empecemos por preparar la jaula destinada á cojer el ratón. Estos balcones, cerrados. (*Dirigiéndose y cerrándolos.*) Así, para que por ninguna parte entre claridad. *(En este momento quedará la es-*

cena á oscuras.) Ahora Ud. en este lado, (*Foro derecha*) y yo en este otro. (*Foro izquierda.*) Conque ya estamos; al entrar ese señor, le echamos mano, y á fuerza de traqueteones y de decirle mil infundios y amenazas, conseguiremos asustarle y que diga ó cante la verdad del asunto. (*Breve pausa.*)

ESCENA XV

DESIDERIO, TEOFANES y MAMERTO.

MAM. (*Entrando con miedo.*) ¡Dios mío! y qué oscuridad se nota en toda esta casa; entremos con cuidado; no parece sino que voy á jugar á la gallina ciega, y todo por volver al lado de mi esposa; y eso, que según me he enterado anda tan contenta porque me cree muerto. ¡Muerto en vida! Hay Mamertito, cuanto estás pasando por llegar al lado de tu fierecilla domada. Pero señor, parece que estoy á caza de pájaro. ¡Regina, Reginita, mi Regina! ¿Si no me estará esperando? Nada, Mamertito, cuando todo está tan en silencio, es porque tienes que esperar como gallina en corral ajeno. ¡Qué diantre de Regina! ¿Por qué no habrá ya venido ese demonio de mujer?

DESID. (*Cogiendo á Mamerto cada uno por un hombro*) No hay que esperar señor mío, porque estamos hace tiempo aguardándole.

MAM. (*Cayendo al suelo todo tembloroso.*) ¡Aaah!

DESID. Teofanes, abre esos balcones para que le veamos la cara á este pájaro de cuenta. (*Teofanes abre los balcones é ilumínase la escena.*)

MAM. Caballeros, caballeros, dispénsenme Uds. porque yo, yo, me he equivocado, no hay duda, sí señor, así es que les agradecería bastante me dejasen salir y encaminarme con mis pasitos contados á la habitación de mi esposa; yo les prometo no volver por esta habitación más en todos los días de mi vida.

DESID. No puede usted salir sin decirnos antes el origen de su visita. ¡Amigo mío! (*Le dá una palmada en el hombro.*)

TEOF. Y aparte de eso, que tenemos nosotros mucho gusto en pasar un rato agradable á su lado. (*Le dá una palmada en el otro hombro.*)

MAM. Pues maldito el gusto que yo tengo. (¡Ay, si pudiera cojer la puerta de la calle!)

TEOF. ¿No se encuentra usted contento? Ríase usted hombre, ríase Ud. (*Le dá en el hombro.*)

MAM. Sí señor, yo estoy muy contento, y riéndome, (*Se ríe ridículamente.*) no me vé Ud.

DESID. Al conceptuar á Ud. uno de tantos, sólo quiero que exista mucha unión. (*Le dá otra palmada en el hombro.*)

TEOF. Y yo fraternidad. (*Le dá en el hombro.*)

MAM. (*Con mucho disgusto.*) Pero hombre, no vale pegar.

DESID. Bien, pidámosle cuenta al señor, de cuales eran sus propósitos, cuando penetró en esta su casa.

MAM. (*Muy rápido.*) Señores, que jamás he pretendido disponer de esta casa y hoy menos que nunca, pero no obstante agradezco infinito su atención de la casa.

TEOF. Pues sabe Ud. que estábamos esperándole para cazarlo hace bastante rato, pero en fin ya llegó la hora.

MAM. Pero hombre, si las gracias mías son por el ofrecimiento que Uds. me han hecho con referencias á esta casa, en donde creo que son los dueños. (*Aparte.*) Estaría bonito que después de lo que estoy sufriendo les diera las gracias por haberme cojido; pues si estoy maldiciendo la hora en que pisé el primer escalón.

DESID. Bien hombre, bien ya le comprendemos.

TEOF. (*Sacando una larga navaja que colocará en el velador en el cual cuando volvió de dejar la carta á la portera colocaría varias bolas grandes de papel y una de ellas con un dulce en su interior.*)

MAM. ¡Ah! (*En este momento correrá por la escena con bastante miedo.*)

TEOF. No se asuste Ud. si es para limpiarle las uñas.

MAM. Para mí no será, porque yo..... miren, miren mis manos, limpias de esta mañana; y ahora digo yo; quieren Uds. hacer el favor de decirme qué hago ó digo, para complacerles inmediatamente en recompensa de que me dejen marchar sin meterme con nadie.

DESID. Bien. ¿Usted conoce á la señorita Herminia Regina López?

MAM. Sí señor y bastante.

TEOF. Pues por eso; por eso le hemos cojido.

MAM. Pero si el conocimiento que yo tengo con ella es solo por mi mujer, porque ellas son amigas, porque se quieren, y en fin, por que sé yo.....

DESID. Y entonces, á qué le escribe usted cartitas, pidiéndole citas para poder hablar con ella.

MAM. ¡Canastos! Eso sí que es una calumnia ignominiosa, caballero, yo nunca le he escrito cartitas á esa señora, y si no fuera por temor á los objetos que hay en esa mesa ya les hubiera dicho que lo que ustedes dicen es mentira y más que mentira.

TEOF. ¿Y si le enseñáramos las pruebas?

MAM. Entonces les diría tienen ustedes razón, pero enséñenme esas pruebecitas y saldremos de dudas. (*Ap.*) María Santísima á qué me guiaría Dios por este maldito camino.

TEOF. He aquí la prueba práctica. (*Enseña la carta.*)

MAM. Pero hombre, si esta carta ha sido dirigida á mi esposa D.ª Regina Lafuente, que me dijeron paraba en esta casa, y para más pruebas pueden informarse por la Srta. Herminia Regina López la cual es muy amiga de mi esposa.

DESID. Bien hombre pues entonces somos amigos, todo esto fué broma.

TEOF. (*A D. Desiderio.*) No le deje usted salir y continuemos la broma.

MAM. (*Riéndose y muy alegre.*) Pero qué bromistas son ustedes. ¿Entonces me puedo ya marchar?

DESID. Por ahora no se puede usted marchar.

MAM. (*Al público.*) Me partieron.

TEOF. Tenemos antes que decirle que somos...

MAM. (*Al público.*) Unos Macabeos.

DESID. (*Interrumpiéndole.*) Bien, Teofanes, encargado en él te quedas; yo corro al lado de la señorita Herminia para entregarle esta carta y aclarar este asunto por completo. Después me sigues hasta donde tú sabes... (*Vase y le sigue hasta la puerta Mamerto.*)

ESCENA XVI

TEOFANES y MAMERTO

TEOF. (*Sujetando á Mamerto.*) ¿Donde se marcha?

MAM. De acompañamiento ¿No me dijo ese señor que le siguiera? Pues bien, pensaba acompañarle hasta la puerta de la calle nada más...

TEOF. Nada, nada, no se moleste. (*Sujetándole.*) Usted ve aquella navaja y aquellas bolas que hay sobre la mesita?

MAM. Ojalá no las viera (*Al público*) sería señal de que no estaba aquí.

TEOF. Pues estas (*Por la navaja*) son las armas de defensa que llevamos consigo y estas (*Por las bo-*

las) las bombas de dinamita que tenemos preparadas para los atentados que cometemos todos los anarquistas entre los cuales le contamos á usted desde hoy.

MAM. (*Todo tembloroso.*) Pero señor yo que no me meto con nadie y en mi vida he matado ni un mosquito ¿Cómo quieren ustedes que asesine á personas si me falta valor para acompañar á ustedes?

TEOF. Eso nos han dicho muchos y cuando hemos hecho con ellos lo que pensamos hacer con usted se han vueltos bizarros y valientes y las mujeres ídem.

MAM. Por Dios hombre no hagan conmigo nada. ¡Si es que yo no quiero ser, ni Pizarro, ni Pizarra, ni valiente, ni valienta!

TEOF. Todo está perfectamente, pero con objeto de que pueda yo dejarle aquí solo y marcharme descuidado á prepararlo todo, voy á colocarle esta bomba en el pecho. (*Le colocará la bola que contiene el dulce. Mamerto dará un grito y caerá en la mecedora todo tembloroso en cuya posición le dejará Teofanes al marcharse.*) Tenga usted valor, algún día tenía que morir, ahora le daré un consejo antes de marcharme. Si en algo aprecia su vida, no se mueva para nada, pues al menor movimiento que haga, reventará el explosivo, poniendo con esa explosión no tan solo, término á su vida sino á las de todas las personas que le rodean. Con que abur y hasta la vuelta.

ESCENA XVII

MAMERTO

«Peripecias» me han pasado desde que abandoné á mi querida esposa, pero como esta ninguna ¡Mamertito! ¿Cuando te has visto tú maltratado, insultado, bombardeado y esperando en esta maldita posición que llegue la fatal hora del ¡pum! para entregar tu alma á Dios y la piel al diablo? Y todo por mi Regina; ellos se marcharon y me dejaron solo é imposibilitado para poder moverme, y lo peor de todo es que nadie me auxilia. (*Pausa.*) Siento pasos, valor Mamerto llegó tu fatal hora.

ESCENA ULTIMA

MAMERTO, REGINA, APOLONIA, HERMINIA, D. LUCRECIO y después TEOFANES y DESIDERIO.

REG. ¡Mamerto!

MAM. Por Dios Reginita no te acerques á mí, hasta que yo te explique. ¡Cuidado que ninguna me toque! ¡Cuidado que ninguna me mueva! ¡Cuidado que ninguna me menee! Oigan la causa.

TODOS Oigámosle. (*Todos le rodean.*)

MAM. Ven ustedes este bulto. (*Señalando al pecho con mucho miedo.*)

REG. Sí que le vemos.

MAM. Pues este me lo han colocado unos señores que entraron y me cogieron cuando yo subía en busca de Regina. Ahora pásmense ustedes (*muy bajo*) esos señores son anarquistas y esto es un petardo.

TODOS ¡Ah! (*Retrocediendo como asustados.*)

MAM. Y más todavía, me rogaron que nadie me tocara pues al primer movimiento estallaría la bomba y morirían todos los que me rodearan, incluso yo que soy el más desgraciado.

D. LUC. Pues no se mueva usted caballero.

HERM. Papá, más vale que nos marchemos.

REG. Yo al lado de mi esposo. (*Se arrodilla cerca de Mamerto.*)

APOL. Y usted, so cobardón ¿porque se ha dejado atentar tan inícuamente?

MAM. Señora, señora, tenga usted presente que yo soy más valiente que D. Tancredo y si no hubiera sido porque entraron diez hombres con pistolas, carabinas, terceroras, fusiles, sables, navajas, cuchillos y bombas, no me dejo yo cojer tan así, así.

REG. Verdad que sí, porque él nunca ha sido cobarde.

MAM. Pero hija, si yo cedí fué porque me ví acosado por esas bombas que hacen...

TEOF. (*Entrando.*) Pum...

TODOS ¡Aaah! (*Retrocediendo y formando grupos ridículos motivados por el miedo.*)

DESID. (*Entrando.*) Señoras mías, no hay por qué asustarse, lo que ese hombre tiene en el pecho es una bola de papel.

MAM. No lo creais que es por engañaros.

DESID. (*Que le habrá quitado la bola á Mamerto.*) Vedla aquí. (*Presentándola.*)

MAM. (*Al quitarle la bola da un salto de alegría y con muestras de valentía abraza á Regina y saluda á todas las demás, mientras Teofanes deslía la bola que Desiderio quitó á Mamerto de la cual saca un dulce.*)

TEOF. (*Presentándolo.*) Aquí tienen ustedes la bomba de dinamita. (*Se come el dulce.*)

TODOS Que es eso, que es eso.

TEOF. Un magnífico dulce.

DESID. Ese es el primero de mi boda.

HERM. Luego ¿nos casamos hoy mismo?

DESID. Sí vida mía; pero antes quiero.

MAM. Qué va usted á hacer.

DESID. A invitaros á la fiesta. (*Dirigiéndose á los actores.*)

TEOF. ?Sin antes pedir permiso?

MAM. Eso corre de mi cuenta y yo aquí lo pediré.

T. Y D. ¿A quién?

MAM. ¿A quién ha de ser? Al público... Yo lo diré:

Pido permiso y os invito
Solo en nombre del autor,
Pero quiero que digáis
Si «PERIPECIAS» gustó.
Y si mostrais desagrado
lo cual no lo espero yo,
La dinamita la cojo
(*Cogiendo las bolas de papel*)
Toda hecha un pelotón,
Y desde aquí os la arrojo
Antes que baje el telón.

FIN